



Núm. 25  
Enero 2009

# Entre tanto

Suplemento de *Cuartilla*, gaceta de la Facultad de Economía

## Taller de creación literaria

A un taller de creación literaria asisten las personas que aspiran a escribir si no profesionalmente si a moverse con cierta holgura en la redacción de piezas con aspiraciones estéticas. No siempre los resultados son tan fecundos en ese sentido, pero con certeza quedará plantado el anhelo de la lectura y la capacidad de abordar el texto desde una perspectiva diferente, la de un lector acucioso y exigente.

Desde hace más de un año la Facultad de Economía ha puesto en marcha este taller de creación literaria, impulsado por la convicción humanista de su directora de Extensión Académica, Mariángeles Comesaña, quien está persuadida de la necesidad de generar espacios culturales alternativos para los estudiantes de Economía, donde tengan cabida también los de otras facultades. Es decir, un espacio abierto e incluyente en la literatura.

Esta es una muestra del trabajo de algunos de los talleristas. Embrionario sí, pero con posibilidades de crecer y ser.

José Ángel Leyva

### La rueda sigue girando

Carlos Fonseca

Tras el parabrisas, la mujer mira la rueda que sigue girando. Obstinada, la delgada llanta persiste en su movimiento; sus vueltas furiosas disimulan la fúnebre quietud del resto de la bicicleta que cubre a un cuerpo de muchacho tendido en el pavimento, un bulto entre baches y manchas aceitosas.

Lentamente, la rueda irá deteniéndose, mientras los cláxones protestan por la interrupción del tránsito y los curiosos empiezan a acercarse. Alguno de ellos llamará a emergencias, pero quizá el golpe haya sido terrible y cuando llegue la ambulancia el ciclista ya estará muerto, víctima del calor que hace arder láminas y cristales, de la gastritis que ha estado mordiendo toda la mañana, del ir con retraso a ese compromiso apremiante, de tantas y tantas circunstancias que orillan a pisar el acelerador en lugar del freno, con la ilusión de avanzar otro poco, de ganarle a la ciudad siquiera unos segundos. En espera del forense, una sucia manta le servirá de abrigo. Muerte pulcra, sin gota de sangre que manche el impasible asfalto.

O tal vez el accidente no haya sido fatal y al llegar los paramédicos el muchacho seguirá vivo, pero grave e inconsciente. Con gran escándalo lo trasladarán a urgencias; tendrá un fémur despedazado y aunque lo operarán varias veces, al final algún cirujano decidirá amputarle la pierna. El seguro de la mujer pagará una prótesis, la más barata que pueda conseguirse en el mercado.

Acaso será sólo un moretón, unos raspones. El joven se levantará un poco aturdido y se pondrá a mentarle la madre a la espantada conductora. O ni eso, quizá sólo enderezará la bicicleta y se marchará lentamente, para que la rueda siga girando.

### Playeras

Carlos Fonseca

La neta, tuve miedo cuando llegué al local y encontré todo revuelto, patas arriba, el pulpo quemado, las cosas rotas. ¿Qué podía pensar? Sólo los puercos eran capaces de hacer una fregadera de ese tamaño. Días antes, tuve la impresión de que alguien me seguía. El hostigamiento era algo usual, así que tomé algunas precau-

ciones de rutina y permanecí tranquila, no iba a dejar que sus espías me amedrentaran, que me hicieran dudar de la lucha. Pero al ver el taller arruinado y las paredes tapizadas de amenazas, no sé que me pasó, simplemente me desmoroné. Ni gritos furiosos, ni rabietas, ni planes de autodefensa; nada, lo único que hice fue sentarme en la banqueta a chillar mi impotencia. Era un aviso, un ultimátum de que realmente algo peor podía pasarme.

Al enterarse, los compas denunciaron la agresión en medios independientes y con cartas en el periódico, hasta se hizo un mitin. Yo había decidido alejarme del movimiento y ya no sabía que pretextos inventar para que dejaran de buscarme; de todas formas, necesitaba chambear en algo normal para vivir, en lo que reponía las cosas que me habían chingado. Pero ellos siguieron insistiendo, hasta hablaron con un abogado de un comité de derechos humanos que se interesó por mi caso. Tanta preocupación por el asunto, poco a poco me hizo sentir de nuevo segura y sobre todo, acompañada. La solidaridad era algo real, si intentaban algo más drástico, habría quien respondiera por mí y conmigo. Además, la banda armó

tocadas para reacondicionar mi taller de serigrafía. Yo no quería recibir esa feria y si la acepté, fue con el compromiso de trabajar hasta devolverles el último centavo.

Ahora no sé qué hacer, estoy viendo el material y todas las cosas nuevas del local sin atreverme a usarlas. Anoche fue la fiesta de reinauguración y hoy, cuando llegué me encontré a mi ex-pareja afuera, sentadito en la banqueta muy sonriente. Fue ese cabrón. Ni siquiera lo había imaginado, ¿cómo pensar que él era capaz de hacer algo así? Cagándose de la risa, me contó cómo había despedazado una a una las playeras; en qué se había gastado el varo de la caja; el placer que había sentido al rayar muérete puta una y otra vez... Y venía a decírmelo, tan campanante, después de ver todo el alboroto que se había armado.

Oigo como las paredes recién pintadas se burlan de mí. No puedo salir y decirle a la banda que no fueron los puercos, sino uno de nosotros, uno al que le dieron ganas de desquitarse cuando terminamos. Me siento humillada, ridícula. No me queda más que trabajar; mañana es el tianguis y las playeras no van a estamparse solas.

## Dopamina

Elizabeth Moreno

Qué aburrido, se decía Juan, qué aburrido caer en cuenta de que lo emocionante se ha difuminado en matices incoloros. A causa de un programa de TV sobre el cuerpo humano la decepción comenzaba a abrazarlo. "...Y así cuando nos enamoramos, lo que provoca el estado hinóptico, emocionante, lleno de frenesís, falta de hambre, sudoración, taquicardia, es la segregación de dopamina, endorfinas..."

Juan pensaba, ¿cómo? entonces ¿la "magia" del amor?. No, no. Continuaba el programa "...y ¿qué hay con los alimentos?, se hizo un experimento donde a un grupo de comensales se les preparó una combinación precisa de aminoácidos y proteínas destinada a la segregación de químicos cerebrales, endorfinas..." de nuevo esas cosas endorfinas, dopaninas, se-ro-to-ninas, pues que no tienen mas qué hacer los neurólogos que "espíar" los laguitos que escurren entre los sesos. Terminó el programa, quedó sentado con la mirada clavada en el cuadro por encima de la televisión, tan quieto, tan indife-

rente, pensando en algo y en nada. De pronto el sonido del teléfono hizo que moviera su brazo derecho para levantar el aparato. Era ella, Ofelia.

- Juan, lo he pensado y debemos vernos, creo que tienes razón
- ¿Sigues con dudas?
- Mmm, no lo sé te veo en el café de siempre
- Adiós.

Juan se acercó al refrigerador, lo abrió, lo examinó de arriba abajo: leche, lechuga, unos tacos tiesos, jugos, huevos. Fijó la vista en el empaque de salmón, lo tomó, leyó el recuadro de "información nutricional", dijo en voz alta: "Y pensar que el amor siempre estuvo en mi refrigerador y no en un montón de dudas... adiós Ofelia."

## Recuerda

Olga García Ortiz

Pasé por tu calle, dí vuelta en la esquina. No supe cuánto tiempo caminé. Imagino que estarás allá, tras las montañas, en tu casa, mirando el mar.

Yo te preguntaba, quizá lo recuerdes:

- ¿Te gusta la lluvia?

Me dijiste que sí.

Ahora que han pasado los años yo sigo caminando como todos los veranos. Mi cuerpo recibe un bálsamo. Tú estarás frente al mar, mirando desde tu balcón. Pienso que lloras al ver cómo regresa al cielo la lluvia convertida en vapor, en brisa. Se formarán nubes que en otro verano me volverán a bañar.

En tu silla de ruedas seguro escucharás una y otra vez el estribillo del disco: \*Esta tarde ví llover, vi gente correr y no estabas tú...\*

Como a mí, te atormenta el recuerdo, pero juramos no olvidarnos.

La lluvia será nuestro correo.

## Cuento

Alejandro Hernández

Estoy desparramado en la sala de mi casa, mi esposa y mi hija se encuentran en la cocina.

Intento leer el libro de Italo Calvino "Una noche un viajero". Tengo flojera de leerlo, tengo flojera de pensar...

En un parpadeo un vapor entra a mi casa, una locomotora altera mis sentidos, me levanto deprisa, ¡Estoy en una estación de tren!

¿Qué pasa...?

Veo a la gente caminar por la estación, con ropa de los años treinta; (con sombreros Fedora) el ruido, el humo...

El asombro me lleva a ver... Ya no es mi playera de los toros Neza, la que llevo puesta, llevo un traje gris de tres botones, camisa blanca de seda, corbata, zapatos de piel de cocodrilo, mi sombrero Fedora todo en negro ¿perfume...? caro por cierto, "Bueno eso creo, nunca he tenido un perfume caro"

Alguien a lo lejos grita mi nombre pero en italiano.

¡Alessandrooooo!

¡Es Italo Calvino!

¿Señor Calvino...?

—¿Que hago yo aquí?

No sé — me contesta alzando los hombros.

—¿Y entonces?

—Tú estás leyendo el libro...

—Con abrir el libro ya estoy en la estación del tren.

—Sí, pero también debes leerlo ¿no...? Soltó una carcajada.

—Basta ya de tonterías. Ya estás en mi mundo, deseo invitarte a un lugar —comenta y me da una palmada en la espalda.

—¿A dónde...?.

—¿A un lugar que te va a gustar...!

Cuando dijo eso, sentí escalofríos, o como dicen en mi barrio: me dan ñañas

Casi puedo adivinarlo, me presentará una mujer. Me dan pánico las mujeres bonitas. A las feas les hablo con naturalidad.

Mis pensamientos se aceleran al igual que mi corazón. Mientras hablamos, nos acercamos a un bar. Se puede ver a diez metros de distancia un anuncio de luces de neón, que dice: ¡Sé lo que deseas! Me hace recordar otro anuncio: "Sólo para locos", en *El lobo estepario*.

Entramos al bar.

—¿Puede explicarme que hacemos aquí?

—Mira, la mujer de vestido rojo, junto a la rocola. ¿La ves...?

—Sí. —respondo y pienso que mis hipótesis son ciertas...

—¿Alcanzas a ver que trae un libro?

—Es el mismo que estás leyendo.

—¿Por qué no te le acercas, pones una canción y le preguntas qué le ha parecido el libro?

–¡Changos...! ¡Mejor pídamle otra cosa! ¿no...?

Me rasco la cabeza, me froto las manos; camino rumbo a la rocola.

Agacho la cabeza ante la mirada de la mujer; imagino que presiente mis intenciones.

Ella observa mis movimientos. Pongo a “Joy Division” me pongo nervioso, trago saliva.

–¡Hola! ¿Vas a poner a esa banda tan oscura? ¡Eres un amargado!

–Sólo un poco –observo a Italo Calvino, me hace señas, para que le hable sobre el libro.

–Veo que estás leyendo la nueva novela de Italo Calvino, ¡es muy buena!

–Sí, pero me gusta más *El barón rampante* –me responde.

–No lo he leído– y pienso para mí: “No le voy a contestar que la página 96 dice...”

Seguimos platicando junto a la rocola un buen rato. Suena una y otra vez “Shadow Play”, la canción que más me gusta de Joy Division.

Calvino platica con algunas personas, con aspecto de “Los Intocables”. Observa todos mis movimientos. Me hace señas de nuevo para que le pida el teléfono.

–¿Me puedes dar tu número de teléfono? Podremos seguir platicando de libros y esas cosas...

Trato de anotarlo y mi mano derecha me traiciona con un ligero temblor. Lo escribo en mi mano izquierda.

Me da un beso en la mejilla y sale por la puerta del bar.

¡Le hablé a una mujer bonita!

Italo Calvino se acerca y me dice:

–Te vi muy desenvuelto, algunos titubeos pero bien.

–¿Tu crees? Pienso que no la voy a volver a ver.

–Sí, si sigues leyendo mi novela...

–Te quiero invitar a un lugar especial, a mi clase de creación literaria.

Rodeo el salón y le digo.–Ese es mi maestro de creación literaria, es escritor; ya detectó miles de errores en mi cuentito.

–¡Claro! el que trae su taza de café.

Sigo mostrándole el salón y los alumnos.

–Josimar, con J, seguro ya detectó que soy un fraude, es él joven que está a la izquierda del maestro.

–Jonathan, es un sabueso de la cafonía; ya me está crucificando.

–Olga es la de mayor edad de nuestra clase.

–Esta es la clase que más aprecio. Es la única en la que pongo atención desde la primaria.

–Se ve que todos son amantes de la literatura.

–Menos yo.

–¡Bueno, te veo en la página 96. Deseo ver cómo me fue en el relato.

–¡En la página 96, Alessandro!

Calvino sale del salón.

Yo me quedo. Con mi sonrisa fingida espero comentarios sobre mi estúpido cuento.

Mejor hubiera escrito: “y cuando desperté, la mujer del vestido rojo estaba en mi cama...”

FIN

## Entrega inmediata

Alejandro López García

Julián:

Mi memoria se empaña con el sollozo desgarrador de tu mamá. La mano mutilada de mi abuela estaba muy cerca de ti cuando te fuiste. Tu vida ausente formó un hueco que jamás he podido llenar. Muchas veces se me ha figurado verte corriendo tras una pelota en la calle empedrada de San Dieguito. De seguro hubieras sido mi mejor compañero de juegos; el hermano menor que nunca tuve. A pesar de que miré tu rostro algunas veces, por más que me esfuerzo no lo puedo recordar, quizá por tantos años que han transcurrido desde tu partida. Cuando te evoco, apenas distingo una mata de pelillos negros que sobresalen de una cobijita azul y el humo del ferrocarril que se alejaba.

Dejaré un barquito de papel en la pileta del lavadero, porque no sé dónde estás enterrado.

Tu primo,  
Eusebio.

## Gotitas de lluvia

Alejandro López García

No me gusta depilarme los martes, porque me atrae la mala suerte. Eso fue lo que pensaba ayer, cuando por

fin pude hablar con Salustia, mi amiga íntima desde la primaria, recia compañera de cuitas y francachelas. Iba atravesando el parque con ese caminadito que tanto le gusta a los muchachos. A regañadientes aceptó sentarse en una banca a platicar. Arguyó que iba de prisa, que estaba nublado y podía llover. En seguida, apurándome, le conté que Pistolo Bocacalle, mi novio, me terminó de buenas a primeras. Yo ya me estaba haciendo ilusiones de que pusieramos un departamento para resguardarnos como palomos. Pistolo había acabado recientemente su carrera de Licenciado en Administración de Bienes Mostrencos. Por tal motivo le asignaron un buen puesto en una empresa coreana dedicada a la importación de pizzas y otros artículos de glotonería. Me pareció que Salustia lucía más arreglada que de costumbre, como que había perdido los rasgos añejados de su semblante. Ella me escuchaba sin decir palabra, hasta que me percaté de que se había coloreado los labios con mi bilet. Recordé que ya tenía mucho tiempo con él, y le dije:

–Devuélveme mi lápiz labial sabor albóndiga.

Ella rebuscó en su bolso hasta que halló el lápiz y lo arrojó en mi regazo. Después, colérica, me increpó:

–Y tú devuélveme mis calzones con dibujos de Manhattan.

No podía devolverle los calzones porque los traía puestos. Ya no pude aguantar más y solté el llanto. Entonces empezó a llover. Salustia se despidió rápidamente. En un tonillo jactancioso, me dijo por último:

–Yo también estoy trabajando en la compañía importadora de pizzas y otros artículos de glotonería. Pistolo Bocacalle me pidió que sea su novia y lo acepté. No se te olvide devolverme mis calzones.

Luego se alejó con pasos apresurados, con el caminadito pendejo que tanto le gusta a los muchachos. Me quedé en el parque como perro abandonado. Mis lágrimas se confundieron con las gotitas de lluvia que empapaban mi rostro.





## XXX Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería

18 de febrero al 1 de marzo de 2009

Tacuba núm. 5, Centro Histórico, Ciudad de México

**Estado invitado: San Luis Potosí**

Jornadas Juveniles 23, 24 y 25 de febrero

Universidad Nacional Autónoma de México / Facultad de Ingeniería

<http://feria.mineria.unam.mx>

